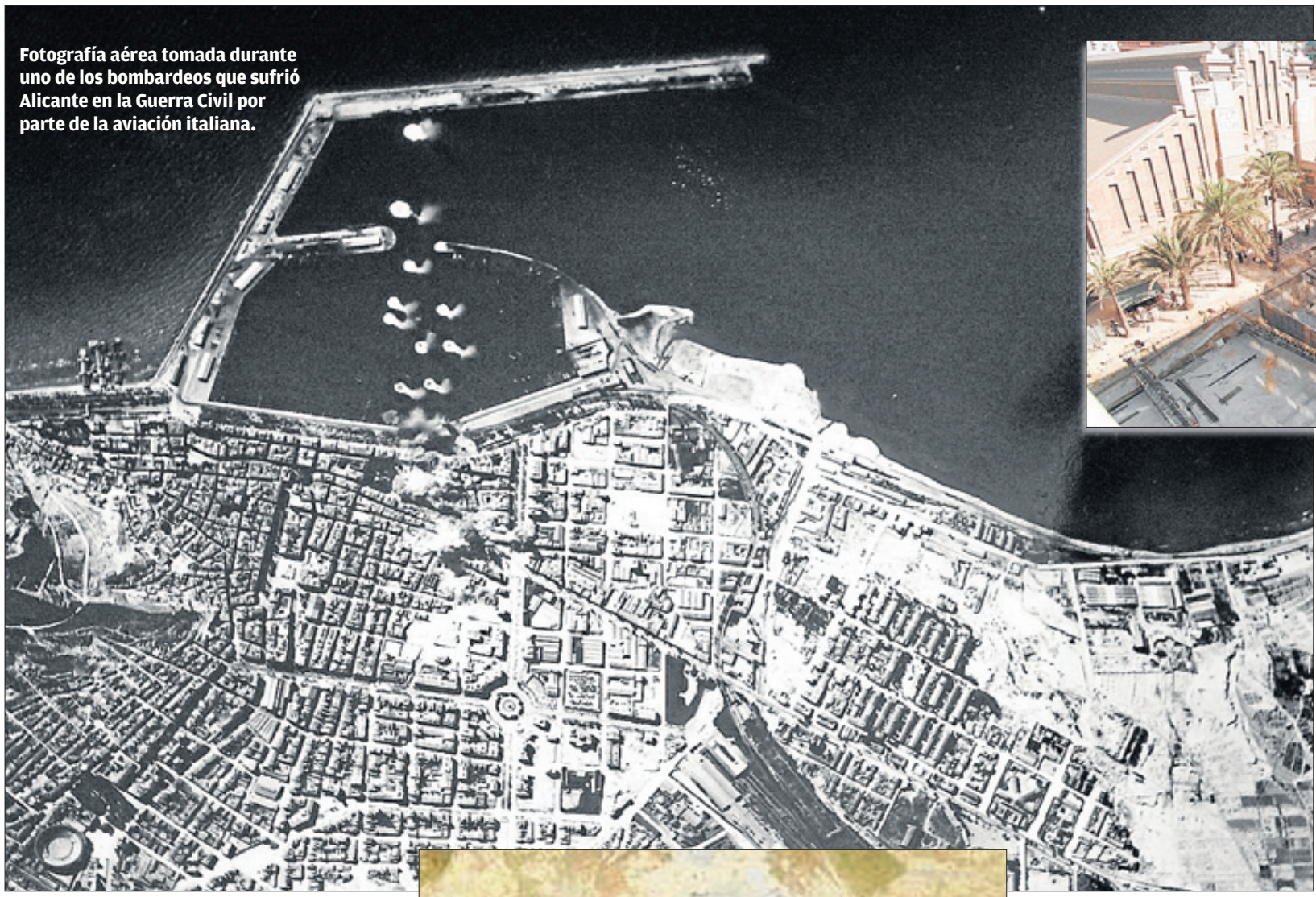

Fotografía aérea tomada durante uno de los bombardeos que sufrió Alicante en la Guerra Civil por parte de la aviación italiana.

Obras del parking de Alfonso el Sabio, ante el Mercado Central atacado en 1938.
RAFA ARJONES

Al acabar la contienda, Alicante había sufrido un total de 71 bombardeos, con 481 muertos y 790 heridos

El miedo llevó a muchas familias de la ciudad a irse de noche tras acabar la jornada laboral para regresar al día siguiente

consecuencia, pues 37 de aquellas personas resultaron muertas y 60 heridas.

La columna del miedo

Fue por entonces cuando empezó a hacerse habitual ver a diario cómo un grupo de alicantinos cada vez más numeroso abandonaba la ciudad antes del anochecer. Impelidas por el pavor a los bombardeos nocturnos, muchas familias se iban de Alicante una vez acabada la jornada laboral, para regresar a la mañana siguiente. Marchaban al Barrio Obrero, o al Fondo de Roenes (en el actual Colegio Médico), o a las casas de campo de la periferia, o a los pueblos vecinos. En seguida empezó a ser conocida popularmente esta formación de gente atemorizada como la Columna del Miedo. En consecuencia, Alicante se quedaba por las noches medio vacía, aunque eso no impedía que los cines y demás espectáculos públicos siguieran funcionando hasta media noche. Los que se quedaban en Alicante por las noches marchaban con premura hacia los refugios en cuanto sonaban las alarmas. Para ponerles a salvo del impacto de las bombas, estos lugares se encontraban varios metros por debajo del suelo o en el interior de las laderas de los montes.

Tras las bocas de acceso, los estrechos pasillos solían torcerse bruscamente para evitar los efectos de las ondas expansivas, en el caso de que cayeran bombas cerca de las entradas.

Entrada de uno de los refugios utilizados para protegerse de las bombas.

Difícil habitabilidad

La estancia en el interior de los refugios era angustiosa. No solo porque se oían los bombazos y se sentía temblar la tierra, sino porque las condiciones de habitabilidad de aquellas galerías subterráneas se hacían cada vez más incómodas, más desagradables, más agobiantes, según transcurrían las horas. A menudo se pasaban toda la noche allí abajo, en la mayoría de las ocasiones sin nada que comer o beber y sin mantas con que abrigarse, debido a la precipitación con que habían debido acudir al refugio. Muchos de estos sitios tenían iluminación eléctrica, pero la luz nunca era suficiente, ya que las pocas bombillas que había no sacaban de la penumbra a la mayoría de los rincones.

Casi siempre la gente se hallaba hacinada, sentada donde podía, a la espera de que acabase el bombardeo y poder salir a la superficie. Aguantando el olor nauseabundo y creciente que, a pesar de los respiraderos, formaban la humedad, el orín y los excrementos de los niños pequeños.

El año más angustioso

En julio de 1938 eran ya más de cien los refugios construidos en Alicante, capaces de acoger a cerca de 40.000 personas. Para recaudar dinero con que costear las obras, la Junta Local de Defensa Pasiva había redoblado sus esfuerzos, organizando en abril de aquel año una Semana pro-refugios, con la colaboración de varias organizaciones, como la Asociación Local de Mujeres Libres, y posteriormente una exitosa novillada con la que se obtuvieron más de treinta y una mil setecientas pesetas.

Pero fue precisamente ese año de 1938 cuando Alicante sufrió el mayor número de bombardeos y los más sangrientos. Los aviones enemigos, sobre todo Savoias italianos, partían casi a diario de su base en Mallorca para dejar caer sus cargas de muerte sobre los alicantinos, convirtiendo su vida cotidiana en una terrible pesadilla. El 9 de junio estos aviones bombardearon tres veces consecutivas la ciudad. Aunque fue unos pocos días antes cuando Alicante vivió su momento más trágico y doloroso. El 25 de mayo más de trescientas personas murieron cuando las bombas cayeron en la plaza del Mercado Central y en otros lugares concurridos de la ciudad. Muchas de aquellas víctimas civiles eran mujeres y niños.

Auténticos monumentos

Al acabar la guerra, Alicante había padecido 71 bombardeos. Como consecuencia de ellos, murieron 481 alicantinos, 790 fueron heridos y más de setecientos edificios de la ciudad habían sido destruidos o dañados. Bajo los escombros quedaron los refugios, inservibles una vez que dejaron de caer bombas desde el cielo. Con el tiempo fueron cerrándose sus bocas de acceso, cayendo sobre ellos el manto del olvido. También las numerosas pintadas que indicaban en las fachadas cómo llegar a aquellos agujeros salvadores fueron desapareciendo paulatinamente. Durante los últimos 73 años han permanecido la mayoría de estos asilos enterrados bajo capas de asfalto u hormigón.

Testigos mudos y escondidos de nuestro pasado reciente más funesto. Auténticos monumentos que, en la medida de lo posible, habría que recuperar, para mostrar a las generaciones presentes y venideras esa parte de nuestra historia colectiva que nunca deberíamos repetir.

Excavados en roca o en tierra arcillosa

Tenían entre una y cinco entradas, con una altura de hasta 2,20 metros y algunos eran muy angostos

G.MUÑOZ

■ La mayoría de estos refugios estaban excavados en roca o en tierra arcillosa, a veces con revestimiento de obra o mampostería; pero algunos eran del tipo de losa de hormigón armado, más conocidos como búnkeres. Tenían entre una y cinco entradas, con galerías de una altura suficiente para permitir el paso sin necesidad de agacharse, entre 1'80 y 2'20 metros; aunque había uno (en los Pozos de Garrigós) cuya galería alcanzaba los 8 metros, debido a que era realmente un aljibe. Sin embargo, la anchura de estas galerías no era siempre suficiente para permitir un acceso rápido cuando la gente, desesperada, se agolpaba en las entradas. Contaban los pequeños con uno o dos respiraderos, y hasta con 50 los más grandes. Los había de tan solo 15 metros cuadrados de extensión, pero otros debían superar los 200. Algunos solo podían acoger a unas pocas decenas de personas, como el que había en el subsuelo de la calle García Hernández, con un máximo de 40, pero al menos media docena podían albergar a más de mil personas, como el que había bajo las plazas de Quijano y del Carmen, con capacidad para 2.500; si bien lo superaba el que se hallaba en la Cantera, en las instalaciones de la Campsa, pues se dice que en él podían resguardarse 5.000 personas, aproximadamente. Varios de ellos fueron ampliándose hasta unirse.